

The background of the cover features several baobab trees in silhouette against a sky transitioning from a pale blue at the top to a warm orange and red near the horizon, where a small sun is visible. The trees are of varying heights and thicknesses, with some showing their characteristic thick, textured trunks. A white dotted grid is overlaid on the entire image, consisting of vertical and horizontal lines that intersect to form a grid pattern.

PENÍNSULA

Xavier Moret  
A la sombra del baobab

Viaje en busca de las raíces de África

# A la sombra del baobab

Xavier Moret

Viaje en busca de las raíces de África

© Xavier Moret i Ros, 2006

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2006

Primera edición en esta presentación: junio de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S. A., 2021

Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 7.589-2021

ISBN: 978-84-9942-922-9

## ÍNDICE

Prólogo a esta edición	9
Tierra de diamantes	25
La soledad del Kalahari	39
Una noche en la isla de Kubu	53
Tiempo de expediciones	69
La flor del baobab	89
El delta del Okavango o el edén perdido	107
Hienas e hipopótamos	125
El rugido del león	145
El salto del leopardo	157
Sin ruedas y a lo loco	179
Y llegaron las lluvias	199
El nacimiento de un río	213
Último adiós al Negro de Banyoles	223

Fue en mi primer viaje al África Negra, en una playa del norte de Zanzíbar, donde un viejo pescador de rostro arrugado, pelo cano y ojos enrojecidos me habló de una leyenda que asegura que si duermes a la sombra de un baobab regresarás algún día a África. Recuerdo que en aquel momento me limité a esbozar una sonrisa escéptica, pensando que estaba ante el típico pesado que te cuenta una de esas historias inventadas para encandilar a los turistas, como la que asegura que volverás a Barcelona si bebes agua de la fuente de Canaletas. A continuación, entorné los ojos, deslumbrado por el azul luminoso del mar y por la blancura de la arena, y me di la vuelta para echar una ojeada al árbol cuya sombra me acogía: era un baobab de tronco imponente, de unos cinco metros de perímetro por diez de altura, que reinaba sin oposición en una zona de arbustos próxima a la playa. Estábamos en plena temporada seca y sus ramas —desprovistas de hojas, ínfimas en comparación con el poderoso tronco— semejaban una garras de dedos crispados que se recortaba contra el cielo de un modo inquietante.

—El baobab es un buen árbol —me explicó el viejo en un inglés precario—. Te protege.

Cuando le dije que en mi país no había baobabs, me miró con una indescriptible expresión de pesar en la que podía

leerse un gran interrogante: ¿cómo nos las arreglábamos para vivir sin aquellos árboles?

—Del baobab se aprovecha todo: la corteza, las hojas, el fruto... —alegó en su defensa y, tras un corto silencio, añadió convencido—: El baobab es un árbol muy generoso.

Contemplé de nuevo el tronco, esta vez con más atención, puse mi mano plana sobre su corteza áspera y la desplacé lentamente hacia ambos lados para comprobar su rugosidad. Era de una consistencia pétreo, distinta de la de cualquier otro árbol, diríase que más animal que vegetal, similar a la piel coriácea de un elefante o de un rinoceronte.

En África están convencidos de que el baobab es el primer árbol que los dioses plantaron sobre la Tierra y, aunque los botánicos no siempre se ponen de acuerdo sobre su edad, está comprobado que ciertos ejemplares de esta especie superan de largo los tres mil años; es decir, que algunos de los baobabs que vemos ahora ya estaban allí mucho antes del inicio de la Era Cristiana, antes del Imperio Romano y antes de casi todo. Por otra parte, es un hecho que la aparición de estos árboles en medio de la sabana, donde surgen a menudo como tótems gigantes, erigidos fuera de escala, irradia una enigmática majestuosidad que provoca que muchos africanos lo tengan por un árbol sagrado y lo imaginen forjado en la noche de los tiempos. El escritor norteamericano Peter Matthiessen, gran enamorado de África, dejó escrito a este respecto: «El árbol en que nació el hombre, según los nuer, seguía en la memoria humana en la región occidental del sur de Sudán; y yo imagino un inmenso baobab erguido en los herbazales que se agitan continuamente en los horizontes, y la silueta de un salvaje desnudo recortada sobre el cielo azul primero. Aquel portentoso hombre del silencio y el pasado está en todas partes en África. Oyes el silencio, oyes los propios pasos y te detienes... y allí está él, en la cercana distancia. Lo veo inmóvil; la punta de una lanza brilla al sol».

La soledad, el silencio, la vigencia del pasado... África es, sin duda, un mundo aparte, un atajo a la prehistoria en el que resulta mucho más fácil encontrarse consigo mismo y descubrir la esencia de las cosas. Todo aquel que haya viajado al África Negra, aunque sea por unos pocos días, se habrá dado cuenta de que este es un universo distinto en el que el tiempo funciona de otro modo y en el que se tiene la sensación de que los baobabs están allí para ejercer de depositarios de la más vieja de las memorias.

«Vosotros, los europeos, tenéis los relojes, pero nosotros tenemos el tiempo», repiten los africanos como un sonsone-te. Puede parecer, de entrada, una graciosa frase sin fundamento, pero hay mucho de cierto en estas palabras. El escritor sudafricano Laurens Van der Post (1906-1996) lo describe con acierto en *El ojo oscuro de África*, un ensayo sobre la presencia del hombre blanco en el continente negro. «Considero que el malestar en África es un malestar debido al Tiempo», escribe. «Cuanto más envejezco más me convenzo de que hay algo sumamente erróneo en la concepción del Tiempo que tenemos los occidentales.» ¿Cuál es este error de base? Van der Post lo expone así: «Para la mayoría de nosotros, el Tiempo es tan solo un “cuándo”, una corriente lineal medida gracias al tictac de los relojes, sobre los cuales fluye como el agua sobre una noria, medida que está completamente a nuestra disposición y de acuerdo con la cual fijamos citas y acudimos a nuestros compromisos de trabajo. Tan atrapados estamos en este movimiento lineal que jamás se nos ocurre pararnos a pensar en que el Tiempo tal vez también tenga un contenido y naturaleza propios, un sentido específico que no lo convierte tan solo en un “cuándo”, sino también en un “qué” y que tal vez, lo cual aún tiene mayor importancia, en un “cómo” y en una “vía” hacia la eternidad».

Muchos años después, el eminente periodista polaco Rys-

zard Kapuściński lo vería de un modo parecido en *Ébano*, su gran libro sobre África: «El europeo y el africano tienen un sentido del tiempo completamente diferente; lo perciben de maneras dispares y sus actitudes también son distintas. Los europeos están convencidos de que el tiempo funciona independientemente del hombre, de que su existencia es objetiva, en cierto modo exterior, que se halla fuera de nosotros y que sus parámetros son medibles y lineales. Según Newton, el tiempo es absoluto: “Absoluto, real y matemático, el tiempo transcurre por sí mismo y, gracias a su naturaleza, transcurre uniforme, y no en función de alguna cosa exterior”. El europeo se siente como su siervo, depende de él, es su súbdito. Para existir y funcionar, tiene que observar todas sus férreas e inexorables leyes, sus encorsetados principios y reglas. Tiene que respetar plazos, fechas, días y horas [...]. Los africanos perciben el tiempo de manera bien diferente. Para ellos, el tiempo es una categoría mucho más holgada, abierta, elástica y subjetiva».

Esta distorsión temporal, que a menudo provoca desconcierto, e incluso fastidio y enojo, en el viajero occidental —sobre todo cuando se trata de esperar un abarrotado y destartado autobús que nunca acaba de llegar—, se traduce en que en África es el hombre el que manda sobre el tiempo; todo lo contrario de lo que sucede en Occidente. En este ámbito los baobabs, que proclaman su callada grandeza en el África subsahariana, se convierten en un sólido monumento a un pasado que, por contradictorio que pueda parecer, tiene mucho de presente; a la memoria de un continente misterioso que nunca ha querido ser esclavo del tiempo.

Muchos africanos están convencidos de que el mundo real se complementa con otros dos universos: el de los antepasados y el de los espíritus. De entrada puede sonar a oscura creencia esotérica, pero cuando uno lleva cierto tiempo en el continente se acostumbra a estas presencias y llega a admi-

tir que sin ellas resulta difícil comprender muchas cosas. Es más, son precisamente esos universos complementarios los que justifican la dimensión que adquiere en África el paso del tiempo; sus habitantes tienen por un lado una relación muy próxima con los espíritus de los antepasados, es decir con el pasado, mientras que por el otro son conscientes de que hay que vivir al día, casi al minuto, y de que el mañana es algo que queda muy muy lejos, demasiado como para tenerlo en cuenta.

No está muy claro cuál es el origen de la palabra «baobab», aunque lo más probable es que proceda del árabe. Algunos estudiosos han sugerido que podría venir de *bu hobab*, el nombre que utilizaban para referirse a las hojas en los mercados de El Cairo; o de *bu hibab*, que designa en árabe al «fruto con muchas semillas». Sea como sea, la primera referencia escrita sobre los baobabs se la debemos al gran viajero árabe Ibn Batuta, que en el siglo xiv realizó un largo viaje que duró más de treinta años y describió la capacidad de estos árboles para almacenar grandes cantidades de agua. Los europeos tardaron todavía unos cuantos años en familiarizarse con el fruto del baobab; lo hicieron a partir del siglo xvi, cuando vieron que se vendía en los mercados de Egipto como un remedio eficaz contra la fiebre.

Durante muchos años, mi visión de los baobabs estuvo condicionada por la lectura de *El Principito*, el delicioso libro del francés Antoine de Saint-Exupéry. «¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?», le preguntaba el Principito del cuento al aviador perdido en el desierto, y ante la respuesta afirmativa de este, suspiraba: «Así, pues, también se comen los baobabs». El sorprendido aviador le recordaba entonces que los baobabs no eran arbustos, «sino árboles grandes como iglesias», y que ni un rebaño de elefantes podría con ellos. Y a continuación le dibujaba su pequeño planeta invadido por

tres enormes baobabs. Era una bella imagen que permitía hacerse una idea de la grandeza de estos árboles.

Muy posteriormente, y sobre todo en el transcurso de los últimos diez años, he tenido la fortuna de poder ver baobabs de todo tipo: bellísimos y espectaculares, deformes y esbeltos, pequeños y delicados, en estación seca y bajo la lluvia, con flores y sin ellas. Por extraño que pueda parecer, en todos ellos he visto aquel baobab de *El Principito*.

Volviendo al mundo real, recuerdo que el primer baobab que contemplé de cerca fue en el norte de Tanzania, muy cerca de la frontera con Kenya. Allí estaba, alzándose impresionante en medio de la sabana, con su tronco del color ocre de la tierra, sus ramas como de juguete y con una manada de ñus y cebras a su alrededor. Al fondo, el Kilimanjaro, con su característica silueta de volcán apagado y su cumbre nevada, redondeaba una imagen de postal cien por cien africana. No me decepcionó en absoluto. Al contrario: desde aquel momento supe que quería ver cuantos más mejor.

He regresado a África muchas veces desde aquel primer viaje; tantas que en algunos momentos he llegado a sentir que llevaba en mis venas el veneno de este continente. Quizás todo se debe, tal como me anunció el viejo pescador de Zanzíbar, al embrujo de aquel baobab bajo el cual dormí. Quién sabe. Sea como sea, cada vez que me encuentro ante un baobab, me acuerdo del viejo y de su profecía. ¿Se inventó el hombre aquella historia? ¿Pueden los baobabs influir para que regreses a África? En un principio estaba convencido de que aquello no era más que una burda patraña, pero con el tiempo he aprendido a aparcarme mi escepticismo europeo y he empezado a pensar que, más allá de toda lógica, la leyenda del retorno a África debe de tener una base que certifica que de los baobabs emana la fuerza necesaria para ejercer extrañas y poderosas influencias, una fuerza capaz de inspirar todo tipo de historias y de contagiar a quien las escu-

che el espíritu de la más genuina aventura. Puede parecer ilógico en Europa, pero desde luego no en África.

Lo cierto es que, desde aquella lejana primera vez, siempre que voy al África Negra corro en busca de un baobab como quien va al encuentro de un viejo amigo, y me acerco a su tronco con tanto respeto como si estuviera ante un santuario de la naturaleza. Sé que puede parecer extravagante, pero cuando me abrazo al tronco de un baobab siento que me invade una agradable sensación de paz y que todo vuelve a estar en su sitio. Es como si por fin hubiera llegado a mi destino. Es quizás por eso que en mis viajes por África procuro siempre dormir a la sombra de un baobab, para alimentar la certeza de que regresaré como mínimo una vez más a este maravilloso continente.



El autor, junto a un baobab en el Parque Nacional Kruger (Sudáfrica).